

## UN ASPECTO DE SU PATOLOGIA SOCIAL: BANDIDOS Y MONTONERAS.

Del libro TRAVELS IN PERU DURING THE YEARS 1838 - 1842 de J. J. Von Tschudi: Londres, David Bougue, 1847. Cap. VIII, páginas 194 a 201.

Todas las partes habitadas de la costa del Perú, especialmente las secciones adyacentes a Lima y Trujillo, se hallan infestadas de bandoleros los que hacen que los viajes sean extremadamente inseguros. Estos bandoleros son principalmente esclavos escapados ("Simarrones", así se los llama), negros libres, zambos o mulatos. A veces se les juntan indios, y estos últimos son famosos por las crueldades que perpetran. De vez en cuando, algún blanco se pone en este camino ilegal; así, en el año de 1839, un norteamericano antiguo contador de un barco de guerra, fué fusilado en Lima por saltador. Los ladrones están siempre bien montados, y sus rápidos corceles de ordinario les facilitan la fuga. No es raro que esclavos pertenecientes a las plantaciones monten los mejores caballos de sus amos y después de la puesta del sol, acabado su trabajo, o los domingos, cuando no tienen nada que hacer parten a estos merodeos.

La mayor parte de los bandidos que infestan la costa del Perú, pertenecen a una banda extensa y sistemáticamente organizada capitaneada por jefes formidables, con espías en pueblos y aldeas, de los cuales reciben sus informaciones. A veces merodean en partidas de 30 o 40 en las vecindades de la capital, poniendo a saco a todo viajero que encuentren. De ordinario sus destacamentos son menores. Si encuentran resistencia no dan cuartel; así que es más prudente someterse a ellos y dejarse pillar tranquilamente, aún en caso de que los asaltados sean mayores en número que los atacantes, pues estos últimos cuentan con ayuda que suele no hallarse distante y que puede ser siempre puesta en acción en caso de necesidad. Cualquiera que dá muerte a un bandido en defensa propia se halla, a partir de ese momento en peligro de muerte; aún en la misma Lima le llegará su hora posiblemente cuando menos lo piense.

Los extranjeros son más asechados que los del lugar. Sin duda la clase rica e influyente del Perú rara vez se halla sometida a estos ataques: circunstancia que puede servir para explicar por qué no se adopta mayores regulaciones policiales.

Los caminos más inseguros son aquellos que conducen al Callao, Chorrillos y Caballeros. Este último lugar está en la vía al Cerro de Pasco, donde a menudo se transporta dinero. Pocas semanas antes de mi partida de Lima una banda de 30 salteadores, después de una pequeña escaramuza con una débil escolta se hizo señora de una remesa de 100,000 pesos destinados a los mineros de Pasco. Los lingotes de plata de Pasco se mandan a Lima sin ninguna guardia militar porque se les deja pasar sin molestias, pues los ladrones las encuentran pesadas y embarazosas, sin poder fácilmente disponer de ellas; los pillajes se cometen a las puertas de Lima y después de haber saqueado a cierto número de viajeros, los ladrones con mucha frescura toman el camino de la ciudad.

Los campesinos de la sierra, que viajan con sus borricos llevando a la capital el dinero para hacer sus compras, son la presa constante de estos malhechores, los que cuando no encuentran dinero maltratan o dan muerte a sus víctimas, de la manera más cruel. (*Una nota marginal dice: los indios echan mano a un método muy curioso de esconder su dinero. A veces lo ocultan entre las tablas de las cajas en que llevan sus huevos o lo cosen en las caronas de sus borricos. A menudo se exponen a ser muertos antes de decir dónde está la plata*). En julio de 1842, regresaba de la sierra hacia Lima y pasando cerca del puente de Surco, a legua y media de la Capital, mi caballo de pronto hizo un quite por algo puesto de través en el camino. Apeándome, ví que era el cadáver de un indio, muerto, sin duda por los ladrones. Tenía el cráneo fracturado del modo más cruel. El cuerpo aún conservaba calor.

Los zambos, son notorios por sus despiadadas crueldades. En Junio de 1842, uno de ellos atacó a un chasqui que llevaba el correo a Huacho. "Te mato o te sacó los ojos" preguntóle el bandido. "Si debo escoger antes mátame" contestó el chasqui. El bárbaro inmediatamente sacó la daga y la hundió en los ojos de la infortunada víctima y así la dejó postrado en la arena, estado en que el pobre indio fué encontrado por un viajero que le condujo a la próxima aldea. La siguiente anécdota me fué referida por un indio en cuya casa pasé la noche en Chancay: A media legua del pueblito, más o menos, encontró un negro que avanzó hacia él apuntando con el mosquete y ordenándole hacer alto. Mi anfitrión sacó una larga pistola y dijo: agradece que esta no esté cargada que si no serías hombre muerto. El negro riendo con desprecio, avanzó hacia el indio tomándolo y entonces el último de pronto hizo fuego dándole muerte.

Cuando estos bandoleros del Perú son atacados por las fuerzas militares o de policía, se defienden con un valor desesperado si no pueden escapar se internan a ocultarse en los bosques o malezas, que cuando no son muy extensas son quemadas, de modo que los fugitivos no tienen otra alternativa que rendirse o perecer en las llamas.

En estos últimos años dos negros llamados Escobar y León eran los más atrevidos cabecillas de banda. León, originalmente esclavo, comenzó su carrera criminal matando a su amo. Escapó a las persecuciones de la justicia, se hizo salteador y por muchos años fué el terror de toda la provincia de Lima. En vano la policía se esforzó por echarle el guante. León conocía la campiña de tal manera que siempre evadía a sus perseguidores. Cuando se ofreció 2 mil pesos por su cabeza, con todo atrevimiento todas las noches hacía su entrada a Lima, durmiendo en la ciudad. Al último se colocaron cartelones urgiendo a los compañeros de León a darle muerte, y ofreciendo a cualquiera que pusiese su cadáver en manos de la policía, la suma de mil pesos y el perdón. Esta medida tuvo el resultado apetecido. León fué estrangulado mientras dormía por un zambo que era su padrino. Expúsose su cadáver durante tres días en la vía pública frente a la Catedral.

Otro célebre bandido fué el zambo José Rayo. Tomó parte activa en varias revueltas políticas; y habiendo, durante tales conmociones prestado señalados servicios al Presidente, subió hasta el grado de Teniente Coronel y jefe de la policía rural llamada *Partida Montada del Campo*, puesto que todavía ocupa, con la mayor eficiencia, pues la experiencia lo ha familiarizado completamente con la vida de bandido y conoce todos los escondites de la campiña de Lima. Pero aún así no pudo dar caza al negro León, o más posiblemente no quiso hacerlo, porque León era su padrino, relación que se considera sagrada en todas las clases sociales del Perú. Cuando Rayo habla del Presidente y de sus Ministros siempre los llama sus *mejores amigos*. (En castellano y subrayado en el original). Cierta vez, en el camino a Chacacayo, me encontré con él y nos acompañamos hasta el fundo Santa Clara. Me pareció muy cortés y complaciente en sus maneras pero esta superficie no alcanzaba a cubrir del todo su naturaleza de zambo.

Los bandidos que son capturados y conducidos a Lima son sometidos a un juicio sumario, luego sentenciados a muerte. Los reos tienen el privilegio de escoger el sitio de su ejecución que generalmente fijan en la plaza del mercado. Se les confiere los cuidados de un sacerdote 12 horas antes de la ejecución, y desde la capilla se las conduce al sitio señalado llevando el banquillo en el cual tomarán asiento para sufrir el castigo de su fusilamiento. Cuatro soldados a la distancia de tres pasos, dos apuntando a la cabeza y dos al pecho dispararán contra el criminal. En una de estas oportunidades hace pocos años ocurrió lo siguiente en Lima: un zambo muy atrevido, convicto de varios asaltos, había sido condenado a sufrir la última pena; escogió para escena de su ejecución la plaza de la Inquisición, que en ese tiempo era también la plaza del mercado y que se hallaba llena de gente. El reo dió una rápida y perspicaz mirada en rededor suyo y luego, con toda compostura sentóse en el banquillo. Los soldados, conforme al uso acostumbrado, levantaron los

fusiles y dispararon, pero cuanta no sería su sorpresa cuando, dispersada la nube de humo, se descubrió que el zambo había desaparecido. Había éste seguido de cerca los movimientos de los soldados y cuando éstos oprimieron los gatillos, agachóse dejando las balas pasar por encima de él. Entonces, echando por tierra a uno de los guardianes, el que le quedaba más próximo se mezcló con el gentío donde algunos de sus amigos le ayudaron a escapar.

En tiempo de guerra, se usa formar un cuerpo de ejército reclutado principalmente entre los jefes de estas bandas y personas que por varias ofensas contra la Ley han sacrificado su libertad o su derecho a la vida. Estos cuerpos se llaman montoneros y son auxiliares muy importantes, cuando la costa es el teatro de la guerra. Como los montoneros no han recibido instrucción militar, no forman un cuerpo regular de caballería sino que se les emplea en las avanzadas, como exploradores o en el servicio de informaciones. Son muy efectivos en las escaramuzas y tienen al enemigo en jaque con sus movimientos inesperados, atacándoles, unas veces en la vanguardia y otras en la retaguardia. No llevan uniforme regular y su traje consiste en sucios pantalones de dril blanco, chaqueta, poncho y un sombrero de paja de anchas alas. Algunos ni aún llevan calzados y se sujetan las espuelas en el talón desnudo. Sus armas consisten en una carabina y una espada. Cuando el cuerpo que forman es numeroso y se les llama a prestar servicios activos se le coloca al mando de algún general del ejército.

En 1838 el General Miller, hoy Cónsul Británico en las islas de Sandwich, comandó un cuerpo de mil montoneros que servían a Santa Cruz. Sus jefes los mantienen en la más estricta disciplina, castigando los robos con la muerte. Hay sin embargo una clase de robos que se tolera: robar caballos. Los animales así obtenidos sirven para la caballería. Destacamentos de montoneros van por las plantaciones juntando caballos. A veces los toman de los viajeros o de los establos de la capital, pero a veces, acabada la campaña, se devuelven las bestias a sus dueños. Terminadas las guerras se desbandan los montoneros y los más de ellos regresan a sus ocupaciones habituales de saltear los caminos. En toda campaña los montoneros son enviados a la vanguardia en destacamentos grandes o pequeños precediendo por un día de marcha el avance del grueso de las tropas. Al llegar a los pueblos no encuentran dificultad en obtener acuartelamiento y provisiones, pues los habitantes no se hallan dispuestos a rehusar nada que tales visitantes pudiesen pedir. Una tropa de montoneros es muy pintoresca, pero al mismo tiempo algo muy temible. Sus rostros negros o amarillos, o color de aceituna, surcado de cicatrices, expresan bajas pasiones y sentimientos salvajes; sus ropas son escasas y desgarradas; sus caballos cansados y mal enjaezados; sus armas de fuego cortas y sus sables largos, presentan todos juntos algo de lo más primitivo y desordena-

do. El viajero que de pronto se encuentra con una banda tal puede considerarse muy afortunado de escapar de sus manos sin más pérdida que la de su caballo.

Cuando quiera que un destacamento de montoneros entra por las puertas de Lima, el pánico se extiende por toda la ciudad. Por todas partes se oyen los gritos de “*cierra puertas*” (sic) “*Los montoneros*” (sic). Toda persona que pasa por la calle se mete en la primera casa que puede, cerrando la puerta tras sí. En pocos momentos las calles se hallan desiertas y no se oye otro ruido que el galopar de sus caballos.



**Biblioteca de Letras**  
«Jorge Puccinelli Converso»